

Hasta entonces los decretos que se expedían no eran de interés considerable, ya se mandaba en ellos que las leyes imperiales se publicaran en hojas sueltas, con objeto de facilitar que se formaran colecciones; ya se designaba el escudo de armas y bandera nacional ó se decretaba el nombramiento de comisiones que informaran acerca de los ramos de la administración pública y sobre otras materias de poco interés, lo cual indicaba la vacilación en que se hallaba Maximiliano para abordar los áridos asuntos que agitaban al país y que requerían pronta y definitiva solución.

El partido conservador veía, que con sus más notables miembros se cometían injusticias que auguraban un porvenir nada lisonjero; el subsecretario de la Regencia, Sr. Arroyo, fué destituido de una manera brusca, sin que se pudiera satisfacer el deseo nombrándole enviado para notificar al sultán de Constantinopla el advenimiento de Maximiliano; el prefecto político de la capital, Sr. Villar y Bocanegra, fué separado del puesto, así como el comisario de policía D. Francisco Carbajal; atribuíase todo esto á que eran partidarios de Almonte, y si es verdad que algo puede haber influido esa circunstancia, también lo es, que el ser reaccionario llevaba consigo el desafecto de aquel soberano y su oposición para llamarlo á los puestos prominentes.

La pugna que dividía á los intervencionistas se acentuaba y envenenaba con la polémica sostenida entre "L' Estaffette," órgano del general Bazaine y "La Razón Católica," de Morelia, eco del Sr. Arzobispo Munguía, para quien eran sagrados los intereses ultramontanos que aquel combatía más que con la razón, con la sátira y con el desprecio burlesco. Vino este incidente á quitar toda duda sobre el opuesto sentido en que obraban los intervencionistas clericales y los agentes franceses. Como era de esperarse, el calor con que tomó el asunto "La Razón Católica" dió por resultado la supresión de este periódico.

El Sr. Arzobispo Labastida decía: que desde que había llegado á la República, no había cesado de predicar la unión y aun dado ejemplo de disimulo y de paciencia, necesario para no romper abiertamente "*con quienes tantos males les habían causado.*" Mas los conservadores le dijeron varias veces. "no somos nosotros los que rompemos la unión, sino que los dueños de la situación abusan de ella y nos excluyen," desde los preparativos y recepción de los Príncipes, *se pusieron todos los medios para que la gente sensata y de algún valer quedara fuera de cortadura.*"

El Dr. D. Francisco Javier Miranda hizo comprender al partido clerical que nada debía esperar de Maximiliano. Poco después de su regreso de Europa, moría en Puebla el 7 de Mayo este sacerdote atacado de una grave enfermedad; próximo á rendir el último suspiro, tuvo tiempo de comunicar á sus amigos en política el concepto que se había formado de Maximiliano. Según el Sr. Miranda, se habían equivocado completamente al elegir á este príncipe que había mostrado muy pronto sus ensueños por una monarquía democrática y liberal, absurdo pensamiento de ideólogo. Tal apreciación afectó profundamente é inquietó más al partido clerical que tenía en gran concepto al padre Miranda, cuyos pareceres iban corro-

borados con la conducta que había observado la Francia en la política seguida por la Regencia; en el trato que tuvo Miranda con Maximiliano, descubrió los pensamientos de éste. El Dr. Miranda había enfermádose gravemente en México donde recibió los auxilios espirituales, acompañándole lo más selecto de los intervencionistas; cuando pareció algo restablecido, se fué á Puebla, su país natal donde se agravó nuevamente y sucumbió el 7 de Mayo. Este suceso fué una nueva desgracia acaecida á los reaccionarios que tantas decepciones sufrían. El Sr. Miranda era uno de sus hombres notables, astuto, audaz é infatigable conspirador, cuya pérdida fué muy lamentada por sus correligionarios.

El partido conservador se vió obligado á ceder en sus ideas, según lo manifestaron "La Sociedad" y "El Pájaro Verde," que eran sus representantes, conviniendo en no dilucidar las cuestiones sociales respecto al registro civil y la tolerancia de cultos. Procuró Maximiliano atraerse á los prelados de la iglesia mexicana condecorándolos con la Cruz de Guadalupe, poca cosa para ese partido en el que debía tener Maximiliano su único y verdadero apoyo en México, aunque ya en minoría y dividido, era por sí solo impotente para sostener en el poder al soberano.

Los intervencionistas eran poco considerados por los franceses y esto les disgustaba mucho más en su calidad de vencedores. Había causado gran escándalo en la Capital de la República, una acusación en asunto relativo á vestuario, á consecuencia de la cual fueron conducidos ante un consejo de guerra francés los Sres José Sánchez Facio, secretario de Márquez, coronel que acababa de ser condecorado con la Cruz de la Legión de Honor; Moreno y Vicario, también amigo de Márquez; Piña, comisario del ejército; Gener, dependiente de la casa de Mosso y Bonhomme, francés calificado de negociante sin escrúpulos. Los debates fueron muy animados; el defensor de Sánchez Facio sostenía la incompetencia del consejo, le arguyó el comisario imperial, achacándole que se quería sustraer el asunto del tribunal francés para llevarlo ante la justicia del país, corrompida y venal.

El consejo se declaró competente, recibió las pruebas rendidas sobre falsificación y fraude, y falló condenando á diversas penas á Piña y Bonhomme, quedando absueltos los demás acusados; pero Bazaine no se conformó con el fallo y dijo á la Regencia: "que aunque absuelto Facio de la culpa no lo estaba de la pena, y que debía quedar separado del ejército, así como prohibírsele que usara la Cruz de la Legión de Honor;" ambos deseos tuvieron verificativo. Con motivo del fallo en ese proceso, se recordó un incidente: por orden expresa de Bazaine, fué puesto en libertad un individuo apellidado Alanis, á quien se seguía causa ante los tribunales y se atribuyó la conducta del comandante en jefe á la influencia de la célebre cortesana llamada "La Esmeralda," calificada en aquella época persona de importancia en asuntos de la Intervención, á causa del dominio que se aseguraba llegó á adquirir sobre el ánimo de Bazaine; esta y otras semejantes acusaciones que los enemigos de la Intervención procuraban abultar, eran usadas como armas políticas.

Otro motivo de disgusto y escándalo era esa influencia que sobre Bazaine se

atribuía públicamente á la famosa "Esmeralda;" se llegó aquí á afirmar que á precio de dinero conseguíanse por medio de ella colocaciones, empleos, sueldos y otras granjerías, constituyendo un tráfico formal el de la cortesana en favor de cuantos solicitaban su auxilio. Sobre este asunto de por sí espinoso y fundado en pasiones, sin comprobacion, no hago mas que recoger las versiones que corrian en el público. No solamente con este motivo se multiplicaban los escándalos y se daba pábulo á desahogos y exaltaciones, sino tambien porque los franceses hacian fusilar incesantemente á multitud de los infelices sometidos á su jurisdicción, calificando á muchos de salteadores sin las correspondientes pruebas, en lo cual se faltaba á las formas tutelares de toda administracion de justicia; pronunciábanse las sentencias en brevisimas audiencias, sin pruebas, casi sin defensa, sin apelacion ni recurso de ninguna clase y sustraídos los reos de sus jueces naturales.

El afán de los partidarios de la Intervencion y el Imperio, reflejado en la recepcion del soberano en quien se concentraban las esperanzas de todos ellos, hizo contraste con la circular del general en jefe francés, en la que amenazaba con la pena de muerte á los que demostraran no estar conformes con la Intervencion, afirmando con esto la órden ya existente contra los guerrilleros sujetos á sanguinarios tribunales, bajo cuya terrible disposicion militar cayeron funcionarios de categoría, entre ellos el Sr. Chávez, gobernador de Aguascalientes, el general Ghilardi y el Sr. Calero, jefe político de un distrito; otros muchos individuos de diversas clases y categorías fueron fusilados cual si se tratara de bandidos de infima especie. Las represalias no se hicieron esperar y aun antes de que Maximiliano pisara el territorio mexicano, la guerra aquí habia tomado un carácter bárbaro, impropio para refrenar las resistencias opuestas por los republicanos, pues jamás el terror ha logrado contener á los que sostienen una idea, aun cuando estén seguros de que sus vidas corren constantes peligros.

El éxito de los combates, más bien favorables á los intervencionistas, no era del todo adverso á sus contrarios; los Estados de Tabasco y Chiapas ya habian sido recobrados despues de reñidas acciones. En otros lugares quedaban vencidos y prisioneros los republicanos; en Zacualtipán no pudo sostenerse el gobernador y comandante militar del segundo distrito, Peña y Ramirez; el puerto de Mazatlán ya bloqueado, recibía por dos veces los proyectiles de la marina francesa.

Cubriendo los gastos de la guerra el tesoro francés, acaeció que de pronto se beneficiaran las poblaciones intervenidas; en cambio el gobierno de Juarez se veia obligado á sacar de una parte de la República, todo lo necesario para sostenerse y disgustaba por las cuantiosas exhibiciones que exigía; de aquí que los individuos acaudalados se sintieran desahogados y contentos entre los intervencionistas; pero temían por el porvenir, cuando la administracion pública y el ejército no dependieran del erario francés y se quisiera dar cumplimiento al convenio de Miramar. Por de pronto gozaban bienestar material los lugares intervenidos.

El elogio más cumplido que pudo hacerse de la Intervencion, á la vez que la crítica más severa del gobierno republicano, que se replegaba para la Frontera

del Norte, se debió al Sr. Manuel M. Zamacona, amigo y ex-ministro del Sr. Juarez, á quien dirijió el 16 de Junio de 1864 una carta que fué publicada. (\*)

Ningun enemigo del gobierno juarista habia hecho una acusacion tan fuerte y la justificacion más completa de la Intervencion. Los partidarios de ésta, aprovechando la ocasion, sacaron gran partido de tales acusaciones en provecho del nuevo régimen político implantado aquí por el ejército francés.

Despues de esa carta de D. Manuel M. Zamacona, en la que aseguraba al Presidente Juarez, que la Intervencion habia resuelto en algunos meses problemas que los mexicanos no habian podido resolver durante varios años, apareció otra del general Negrete dirijida el 25 de Agosto de 1864 al Sr. Domingo Cabrera, diciéndole: que tenia razon cuando le habia escrito que la causa de la República estaba perdida, y que poco tardaria en ser llevada la causa de la Intervencion de uno al otro confin del territorio mexicano, debido al valor y disciplina reconocidos en el ejército francés. En efecto, muchas poblaciones se declaraban abiertamente contra los republicanos, tan solo con saberse que se aproximaba á ellas alguna fuerza de franceses.

Los disgustos que aquí sufrían los clericales partidarios de la intervencion, les presentaban ya el porvenir cubierto de negras manchas y les auguraban toda clase de males; en medio de los continuos derrames de bilis suspiraban los principales de ellos, por las ventajas de que gozaron en el extranjero y apoyaban y aplaudían que el Sr. Gutierrez de Estrada no viniera á perder aquí el billo de su bien sentada reputacion; creían á México incurable como la Jerusalem maldita; destellos de esperanzas y esperanzas frustradas era lo único que servía de pábulo á sus ilusiones; la escasez de hombres en el partido era á lo que atribuían

(\*) En ella decía: "que los amigos del gobierno republicano no podian menos que impresionarse al ver cómo han venido á ser una realidad los planes y las esperanzas de la intervencion, que hace un año provocaban su risa y apellidaban quimeras; cómo el invasor se habia extendido por el país estableciendo inmensas y no interrumpidas líneas militares; cómo habia tenido reposo para ocuparse en trabajos propios de tiempos eminentemente pacíficos; cómo habia restablecido la línea telegráfica desde Querétaro á Veracruz, ligándola con un ramal á Chalchicomula; cómo habia hecho avanzar hasta Paso-Ancho los trabajos del camino de hierro; cómo habia regularizado el servicio de la estafeta; conseguido restablecer la seguridad en las principales vías; cómo habia alucinado á algunas poblaciones y se habia captado la confianza del público que pone en sus manos conductas de caudales, como no se habian visto en mucho tiempo; cómo iba atrayendo en rededor suyo á algunos miembros del partido independiente, y ganaba terreno en las cortes extranjeras y en el crédito bursátil, hasta el punto de que el hermano del Emperador de Austria se decidía á ocupar el trozo, y que aun el sesudo rey de los belgas inducía á su hija á ceñir la corona mexicana, y los banqueros de Paris y Londres abrian sus arcas al nuevo imperio." "Y la impresion se hace más profunda cuando el cuadro que precede se coloca junto al que presenta el gobierno nacional. . . . Hasta el ministro de los Estados Unidos ha abandonado el país, y dígame lo que se quiera, estoy seguro de que no se ha llevado impresiones favorables sobre la situacion del gobierno. En el interin hemos perdido los centros importantes de poblacion. Hemos dejado los ánimos en términos de facilitar la conquista moral de la intervencion. . . . las poblaciones bendicen al cielo cuando salen de ellas los defensores de la Independencia. . . . A los reclutas, entre los cuales se cuentan personas de cierta posicion, se les trata como á forzados, amarrándolos á una cuerda. Sobre la moralidad hay muchas cosas capaces de dar al traste con el prestigio del gobierno mejor cimentado. . . . En Monterrey se acaba de alzar el espectro sanguinario de la ley de 25 de Enero. . . . Pueden contarse con los dedos de una mano las personas que forman hoy el círculo inmediato al gobierno."